

La herencia de José Revueltas

Alfredo Loera



Fotografía: © Héctor García / Fundación Marfa y Héctor García, ciudad de México, 16 de enero de 1968, Gelatina DOP

ES CURIOSO QUE TODAVÍA SE CUESTIONE la importancia literaria de José Revueltas. En conversaciones entre académicos y escritores, por lo común se le tiene cierta consideración por los encarcelamientos que sufrió en vida, pero pocas veces por su novelística. A veces incluso se le reduce a un cristiano secularizado, a un hombre que se guareció en una ideología como esas personas que se refugian en alguna secta para ser importantes. Y aunque en este texto me veo tentado a hacer comparaciones de su obra con respecto a la de otros grandes autores mexicanos para legitimarlo, no es pertinente, en especial porque ya otros lo han hecho sin tener grandes resultados. Por ejemplo, tenemos la comparación que hizo José Agustín en el epílogo de las *Obras reunidas* de José Revueltas, editadas por Martín Luis Guzmán en 1967: señala que *Pedro Páramo* no es más que la copia barata de *El luto humano*. Sé que el comentario suena escandaloso y chocante, pero quizá afirmarlo a bocajarro sea la mejor manera de homenajear a un escritor como Revueltas.

Con Revueltas no se pueden tener sentimientos neutrales. Se le ama o se le odia. Se le considera un genio o se le considera un escritor fallido. Su presencia ha de haber sido equiparable a la de estar frente a un monstruo; sus sobremesas habrán sido abrumadoras, sin ninguna posibilidad de escapar o de tener puntos medios. Estar frente a él habrá sido terrorífico si consideramos que era un épico bebedor que estaba obsesionado con la condición enajenada del hombre. Evodio Escalante cuenta que Revueltas era dado a iniciar conversaciones con frases como: “La bomba atómica, el absoluto humano”. Escalante se pregunta, ¿qué es lo que se podría responder ante semejante sentencia, especialmente cuando se estaba a la espera de unas cervezas? Seguramente cada vez que Revueltas actuaba de ese modo se le consideraba un loco. Es muy probable que él mismo buscara ese tipo de encrucijadas, así como era muy dado a entrar en dichos callejones sin salida en su obra literaria.

Revueltas no es un escritor que escriba para dar placer. Él mismo lo asevera en una entrevista hecha por Vicente Francisco Torres. Revueltas no escribe para entretener, no escribe para hacerle más llevadera la vida a nadie, hecho que algunos tiernamente no le perdonan. Para él toda la literatura considerada *best seller* era la muerte del pensamiento. Para él, la novela tenía una función mucho más básica y al mismo tiempo una función más salubre, la de comprender la naturaleza humana. En tiempos como el nuestro, hablar de la naturaleza humana suena anacrónico. Se dice que no hay una naturaleza humana. Desde luego que Revueltas habría comprendido esto último de un modo más profundo que muchos de los literatos contemporáneos que caen en un escepticismo radical, que les causa una parálisis creativa e intelectual. Para Revueltas no podía haber parálisis. Todo se supeditaba a la praxis, a la acción, y de ahí que su literatura no buscara el esteticismo, sino que buscara atrapar la realidad, aunque dicha tarea pudiera presentarse imposible.

Alí Chumacero comentó en su momento, hace ya más de cincuenta años, que *El luto humano* habría sido una de las más grandes novelas escritas en México, pero que a final de cuentas era una novela fallida. Este comentario crítico es comprensible

si tomamos en cuenta que, en muchos sentidos, la literatura mexicana se ha preocupado más por la buena redacción que por propuestas estéticas que vayan más allá del folklorismo. Por otra parte, Revueltas, al ser un expresionista, también tuvo su carga de incompreensión dentro de un ambiente literario que históricamente se había inclinado por la vertiente cerebral del arte. Una de las principales aportaciones de José Revueltas a la literatura en lengua española, sin duda es el debate que suscita respecto a la posibilidad de la literatura de narrar lo que consideramos como real, una discusión que no puede evitarse dentro de la literatura, en especial si ésta pretende mantenerse ligada a una crítica social y al mundo que la rodea fuera de la palabra. Además, ya se ha hablado en varias ocasiones acerca de las cualidades estéticas del escritor duranguense: su tremendismo y plasticidad en las narraciones y en las descripciones; su capacidad de generar imágenes al grado de propiciar una sorpresa, un darse cuenta en relación con algún rasgo de los mundos que aborda. Del mismo modo son numerosos los análisis respecto de su evolución novelística, la cual, según el consenso, llega a su culminación con *El apando*.

Lo que inquieta de la estética revueltiana es su desdoblamiento, la manera en la que disloca un esquema de verosimilitud sin que éste se rompa, el cual construye desde un punto de vista histórico. Es decir, las narraciones revueltianas están llenas de símbolos y mitos de naturaleza atemporal y figurada que, sin embargo, se empalman con una reflexión concreta del contexto histórico, muchas veces totalmente político, lo que ocasiona que sus narraciones sean textos híbridos, y que desde una lectura preocupada por una homogeneización pueden resultar fallidos. Esta lectura estaría más pendiente de que la obra literaria no rompiera sus reglas implícitas, como su historicidad o figuración, lo cual, a su vez, genera una perspectiva de cierta manera ingenua, si es que la obra en cuestión no propicia descubrimientos de un mundo concreto. En el capítulo ix de *El luto humano* se encuentran párrafos como el siguiente:

Un soldado cristero fue herido en forma horrible. Su cabeza voló en pedazos dejando tan sólo el tronco, grotesco

y bárbaro. Resulta fantástico, increíble, pero el cristero se levantó corriendo sin cabeza, borracho, zigzagueando, para volverse a retaguardia y caer junto a los pies de la cruz, una que había a la entrada del pueblo..

Gran parte de las narraciones revueltianas muestran este tipo de escenas. Decir que la obra de Revueltas es fallida porque despliega estas descripciones que parecen tremendistas es equiparable a decir que las pinturas del Greco son fallidas por el alargamiento de sus figuras. A Revueltas se le critica por su cualidad más interesante. Ese ya sería un logro, debido a que esta posibilidad de desfigurar, de desdoblar, fue lo que lo llevó a escribir las novelas más grotescas y bellas del siglo xx mexicano. Sin esta mirada distorsionada, exuberante, nunca habrían llegado a nuestra literatura novelas como *El apando* o *Los muros de agua*. No tendríamos una vertiente para poder contar el horror que ha vivido México en los tiempos modernos. En este sentido, la estética revueltiana es de las más cercanas a nuestro momento histórico. Pensemos en las matanzas ocurridas en fechas recientes y veremos que las narraciones de Revueltas siguen aconteciendo en lo que hemos llamado la realidad. De esta manera, aunque muchos lo nieguen, podemos encontrar numerosos ecos de su obra en autores actuales. Eso no es de sorprenderse, si advertimos que la obra de Revueltas es un testimonio de la debacle de la modernidad en México. *El apando* es la culminación de esa denuncia. Basta hacer un análisis, ya despojado de los prejuicios comunistas, para constatarlo. El comunismo ha muerto y hoy en día pocos podrían llamarse comunistas. Entonces leamos a Revueltas desde otra perspectiva. Si lo hacemos de esa manera, como lo explica Luis Fernando Hernández, la literatura de Revueltas es de las más lúcidas de nuestro siglo xx, ya que nos muestra cómo la sociedad mexicana vive una época que escasamente tendría que ver con la modernidad: todos sus procesos y todas sus estructuras son fallidas. La cárcel, desde luego, es el ejemplo paradigmático. Hoy en día estos lugares tienen el nombre de Centros de Readaptación Social y resulta evidente que el nombre es irónico. Son, como el mismo Revueltas lo desarrolla en *El apando*, una

Fotografía: © Marfa García / Fundación Marfa y Héctor García, ciudad de México, 9 de marzo de 1975, Gelatina DOP



metáfora de la sociedad, la cual se ha organizado en una geometría enajenada. Leer a Revueltas es pensar en estas contradicciones. Pocos escritores de su generación, si no es que ninguno, hablaron de estas temáticas. Si tomamos en cuenta esta postura, es más sencillo comprender la gran herencia que dejó el escritor duranguense a la literatura mexicana.

Dentro de unos cuantos días se celebrará su primer centenario. El México que nos toca vivir en 2014 sigue sufriendo los mismos problemas de barbarie y supresión que los de su tiempo. México no ha cambiado. ¿Valdrá la pena recordar algunas palabras de nuestro escritor? Por supuesto que sí. En el prólogo a sus *Obras reunidas*, Revueltas nos dice:

(...) el no haberse podido mirar un escritor en sus obras como ser objetivo e independiente, el no haberse encontrado con esa libertad suya y el saber que se mira en la forma opuesta a como lo miran los demás constituye en esencia, con monumento o sin él, la problemática

de todos los escritores y la problemática misma del escribir, cosa muy diferente al mezquino y cobarde “quehacer literario” —como lo llaman— de que se ocupa ese no-escritor, obsecuente, burocrático y vacío, que es el “hombre de letras”. Hombre de letras, cierto, que no de palabras, pues éstas son compromiso y combate: los literatos no pueden sino huir de ellas con la mayor prudencia. (Y hay que decir, en suma, que el literato es el que se inmuniza, sin detenerse en que los medios sean los más ruines, contra la zozobra humana del ser y que lo mismo es el tal literato, entonces, el burgués ignorante que jamás ha leído o escrito en su vida).

El escritor, por lo contrario, pacta a vida o muerte con las palabras, con sus palabras, con sus obras. En su relación con ellas —relación que se establece independientemente de su voluntad— encuentra, así, la medida de su propio aislamiento y de la incomunicación sustancial a que está condenado su “lenguaje de nadie”, pues las cosas jamás podrán ser de otra manera para él.

En este centenario se han reeditado las obras de Octavio Paz y Efraín Huerta. ¿Por qué no las de José Revueltas?